

Del papel que ocuparon en mi infancia los objetos eXtraños

Julien Gracq

Traducción del francés: Pablo Montoya

El bumerán

Deseé el *bumerán* mucho tiempo antes de tenerlo. Fue en Julio Verne que debí descubrir esta arma mágica. Soñaba por las noches con el vuelo silencioso del bastón, dando vueltas y decapitando pájaros en las ramas, y regresando para posarse en la mano del lanzador. Me veía, la extraña y curva arma en mi mano, deslizándose en la noche a través del campo, más dueño del mundo que Gyges con su anillo. Leía regularmente *Le Chasseur français*, que me prestaba mi padrino, un recién llegado de la guerra y ferviente cazador: él publicaba allí fragmentos del catálogo de la Manufactura de Saint-Étienne: estupefacto y deslumbrado descubrí, una bella tarde, que esta inspirada firma *vendía bumeranes*. Costaban dieciséis francos, suma que en verdad me sumía en la desesperanza. Sin embargo, cuando mi padrino hizo un viaje a París y me preguntó que regalo quería, me atreví a hablarle del bumerán con tanta convicción como si le estuviera pidiendo la luna. A su regreso, yo estaba acostado, convaleciente de una pequeña enfermedad: él retiró de la parte de atrás de su espalda un rectángulo de cartón y, fijo a los extremos por dos cordoncillos, entreví lo que me produjo el más fuerte sobrecogimiento de mi vida. Tenía nueve años.

Lo contemplé mucho tiempo. Creo incluso que durante días no me atreví a desamarrar los cordoncillos. Tenía más sed de verlo que de probarlo —tal vez no estaba suficientemente apresurado para probarlo y presentía *ya* una falla entre el mundo de los libros y el de la experiencia, medio vacilaba en dejar los encantos de la esperanza por las pruebas de la fe.

Plano en una de sus caras, abombado en la otra, era un bello objeto, tallado enteramente en fibra de madera, una madera exótica, clara y dura, lustrosa y barnizada. Lo miré mucho tiempo, medí sus dos aspas —una un poco más larga que la otra—, probé con mis dedos su curvatura, intentando así atrapar el *secreto*, el sutil torcimiento por donde el artefacto escapaba a las leyes de la mecánica. Esto duró todo el día, y probablemente una parte de la noche: la enfermedad servía socarronamente a mi deseo de esperar, y si no fuera por el miedo que me daba la burla de los otros, me pregunto si no hubiera renunciado a ensayarlo. Finalmente, fui con mi padrino a lanzarlo en la pradera del *Godelin*, seguimos religiosamente las instrucciones, el lado plano vuelto hacia el suelo, con un movimiento de la muñeca para desencadenar la rotación. El artefacto rozó el suelo roncando como una hélice, luego viró elevándose bajo un ángulo bastante estrecho, de ocho o diez metros, y cayó al suelo. Hicimos muchos intentos. En verdad, el bastón se comportaba de forma extraña, a veces se elevaba con brusquedad, a veces describía un cuarto de círculo, pero no *regresaba*. Comprendí rápidamente que nunca regresaría. Pero las rarezas de su carrera ya me bastaban: había allí una promesa, una señal: más tarde quizás, algún día, bajo una mano más experta, el milagro podría ocurrir. El barniz del bumerán se descascaraba y caía sobre los terrones: bajo este pretexto espacié las experiencias. Ahora, más bien, iba en barco, de vez en cuando, a lanzarlo sobre el Loira, pero me dio miedo de perderlo, o de ver que la corriente podía llevárselo. Pronto permaneció colgado de dos clavos de la pared de mi pieza: saberlo allí, protegido, lleno de virtualidades siempre secretas, era suficiente para mi alegría. Después, un día, al volver con tres o cuatro granujas de mi edad para lanzarlo en la pradera del *Godelin*, él cayó en la hierba espesa y no pudimos recuperarlo. Indagamos durante dos horas, metro por metro, en la pradera: sin duda mi pasión a la larga se había

revelado contagiosa, y sin duda el bumerán había desaparecido maliciosamente bajo el blusón de uno de mis camaradas. Fue una inmensa, una terrible tristeza.

El bumerán fue lento en morir. Guardé en mi memoria con tanta precisión —tan larga y amorosamente lo había mirado— su curva, su perfil, que corté de una plancha uno nuevo con la sierra y terminé de tallarlo con el cuchillo. Éste era menos pesado, giraba menos bien, y yo pensaba con melancolía que del original a la copia la esencia del verdadero secreto se había escapado: perdí la fe de la misma manera en que un cristiano comienza a dudar de la *presencia real*. Como el nuevo bumerán no estaba tallado en fibra de madera, se quebró al caer sobre una piedra. Tallé un tercero que ocupó su lugar en mi pared, lo pinté incluso de rojo, a pesar de que yo supiera que jamás serviría para cazar —sin embargo, no volví al camino de la guerra: nunca más lo lancé. Con todo, cuando salía al campo, lo amarraba a mi correa. Y en la noche, lo ponía bajo mi almohada: había comprendido sin duda que su poderosa eficacia residía en los sueños. Después, no abandonó mi pared, aunque continuaba marcando mi pieza al modo de esos crucifijos que cuelgan todavía en las casas donde desde hace tiempo ya no se reza. En fin, terminé por tirarlo sobre un montón de gavilla.

El otro día vi de nuevo el bumerán. Me hizo señas en el escaparate de una armería del bulevar Saint-Germain. Caminé rápido, pero al cabo de unos cincuenta metros, di media vuelta, decidido a ofrecerle una recompensa póstuma a mi infancia, a entronizar en mí, de una vez por todas, ese ajado sortilegio que tuvo tanto espacio en mi vida. Al llegar a la puerta, volví a irme y me alejé del todo. No hay que remover, me dije, los amores muertos.

Trampa para moscas

Tenía siete u ocho años cuando uno de mis compañeros de la escuela comunal llevó un día una caja de hierro redonda y llana —un poco más grande que un reloj de mano. La tapa levantada, un pequeño tabique de metal en forma de espiral dibujaba en el interior un minúsculo laberinto cuya entrada podía cerrarse gracias a una presilla de metal. Aún *veo*¹ esta caja —de utilización compleja— que mi compañero debió encontrar en algún cajón olvidado. No sé de dónde le vino la descabellada idea de presentárnosla como una *trampa para moscas* de antigua concepción: se ubicaban algunos granos de azúcar en la cámara central —se cerraba de nuevo la tapa— se abría la presilla: no había más que acechar la entrada del insecto para cerrarla con presteza. Este uso más que imbécil del extraño instrumento se apoderó de mi imaginación con tanto vigor que quise sobre todas las cosas poseerlo. El dueño, al leer en mi rostro mis ganas furiosas, ofreció venderme la caja a un precio extravagante. Yo tenía una alcancía en la que mi abuelo desde hacía años deslizaba una moneda los domingos, después de la partida de *dominó* familiar: la rompí, compré la caja y luego, habiéndola cebado con un poco de azúcar en polvo, aguardé. Esperé mucho tiempo... Pero el fracaso no me desalentaba, era incluso al contrario; el encanto de la caja misteriosa estaba más allá de su eficacia: no abandonaba mi bolsillo; en la escuela la colocaba sobre la mesa, delante de mí; y, colmado, la miraba. A los dos días, el maestro, que había oído algo de la transacción fraudulenta, citó a mis padres: los vi entrar con aire huraño. Comprendí entonces, palidecí, los enfrenté más muerto que vivo: salí bien librado con dos buenas cachetadas que jamás había recibido de mi madre, poco afecta a ellas. ■

Notas

* “Del papel que ocuparon en mi infancia los objetos extraños” fue extraído del Libro Lettrines (Capitulares).

1 Todas las palabras en itálicas aparecen como tal en el texto original. De hecho, esta señalización de las palabras, lo mismo que la recurrencia de los dos puntos, es una constante en la escritura de Julien Gracq. N. del. T.